



Equipos Notre-Dame

La reunión de equipo como celebración

Hemos hablado tantas veces de la reunión de equipo que cualquier cosa que digamos nos puede sonar a una canción mil veces escuchada, a la que ya no prestamos atención de tanto oírla. Y sin embargo, nos gustaría que cada uno de nosotros antes de leer este pequeño texto, nos preguntáramos qué importancia le damos, cómo la preparamos, qué sentimientos tenemos ante la próxima reunión de nuestro equipo. Pueden ser muy variados, una cierta expectativa por ver cómo irá, un cierto hastío y la sensación de saber lo que va a pasar, para los que ya llevamos mucho tiempo; una cierta incomodidad y quizá un poco de sentimiento de culpa, porque no la hemos preparado bien; una verdadera ilusión por volvernos a encontrar... Cada uno tendrá los suyos y con cada etapa de nuestra vida de equipo seguramente habrán ido cambiando, y sin embargo, la esencia de la reunión es siempre la misma. La reunión es la celebración de nuestra vida de equipo que compartimos con el mismo Cristo.

Y esto lo hemos aprendido directamente del Padre Caffarel que la situó en primer lugar cuando en 1973, en vísperas de su despedida, le preguntaron de qué querría hablar a los Equipos si fuera la última vez que se dirigía a ellos. Pensó en varias cosas que eran muy importantes: la espiritualidad conyugal, la Carta Fundacional, la caridad en el equipo, las relaciones psicológicas de los pequeños grupos, la profundización en la fe, la misión de los Equipos en la iglesia hoy... y sin embargo, se decidió por el significado cristiano de la reunión de equipo. “La reunión mensual de un equipo no debe estar definida solo por su estructura, su espíritu, la amistad de sus miembros, el deseo de que sea una etapa en su búsqueda de Dios. Hay que reconocerle en primer lugar su substancia sobrenatural y su misterio”. Y para explicar lo que era este misterio, el Padre Caffarel hablaba de lo fundamental en la reunión de equipo: “En medio del salón donde están reunidas esas parejas se encuentra la intensa presencia del Resucitado, vivo, atento a todos, amando a cada uno tal y como es, con sus virtudes y defectos, y dispuesto a ayudarle a que se convierta en lo que Él quiere que sea”.¹ Y no hay más grande celebración que la posibilidad de convertir nuestro encuentro en una reunión animada por el soplo del Espíritu que nos sostiene en nuestro camino. Reconocer a cada uno de nuestros compañeros de equipo, como las personas que junto a nosotros estamos acogiendo a Cristo mismo presente en la reunión, nos hace darnos cuenta de la grandeza de ese tiempo, cuyo misterio y transcendencia a veces no percibimos.

Y esta grandeza no le quita tampoco los sentimientos que el Padre Caffarel percibió al describir las primeras reuniones de equipo y que podemos leer en la conferencia de Chantilly: alegría, ambición, entusiasmo, apasionamiento...² Creemos que son sentimientos que se tienen cuando estamos celebrando algo, cuando verdaderamente creemos que algo merece la pena y lo estamos disfrutando. Pero no debemos confundir la celebración con un pasatiempo superficial. Las celebraciones, los ritos, construyen nuestra vida y en la mayor parte de las ocasiones son momentos de gozo, pero no siempre son alegres y festivos. Una celebración de funeral es triste, pero para los

¹ Editorial de la Carta mensual Equipos de Nuestra Señora, marzo-abril, 1973

² Conferencia del Padre Caffarel en Chantilly a los responsables regionales de Europa, 3 de mayo de 1987.

cristianos tiene un profundo sentido de esperanza. Podría suceder que alguna de nuestras reuniones sea triste porque estamos compartiendo algo que objetivamente lo es, pero no por ello pierde su sentido profundamente celebrativo de la vida. Celebrar viene del latín *celeber*, que significa numeroso, abundante. Es un antónimo de *desertus*, desierto, abandonado. Y es que en la reunión nos sentimos acompañados, juntos, sostenidos, apoyados, por las personas de nuestro equipo y por Cristo mismo presente en la reunión.

La reunión de equipo es la celebración de nuestra vida juntos, en ella nos damos y nos abrimos a los demás. Nos conocemos en profundidad y verdad, cada uno con su misterio personal. Nos ayudamos unos a otros a encontrarnos con Cristo, a que el Señor esté presente en nuestra vida y nos oriente, a descubrir el pensamiento de Dios para nosotros. Sostenemos con nuestra oración a los matrimonios y consiliario que nos acompañan en este camino. Nos alegramos y entristecemos con las alegrías y las penas de los miembros de nuestro equipo. En definitiva, celebramos la vida juntos.

Si echamos la vista atrás, y recorremos esa vida de equipo, recordamos como ha sido una feliz escuela que nos ha enseñado lecciones prácticas de cómo celebrar la vida. Empezamos nuestro camino en los Equipos de Nuestra Señora como pareja recién casada en un equipo en el que había hasta tres generaciones de matrimonios. Teníamos mucho que aprender sobre la vida, el matrimonio y nuestra fe en pareja. La reunión de equipo fue un gran regalo para nosotros. Recordando la historia de Marta y María, nos sentíamos como María sentada a los pies de Jesús, escuchando a los demás compartir su sabiduría y sus historias. La oración y la reflexión nos ayudaron a ver a Dios manos a la obra en nuestras vidas.

Desde luego, el equipo ha cambiado mucho en estos 40 años. Durante estos años hemos celebrado las alegrías y las penas de nuestras vidas, y hemos afrontado la muerte de algunos de sus miembros. Pero la vida también es renovación y nos hemos sentido inspirados por parejas más jóvenes que han entrado en nuestro equipo. Estas parejas han revitalizado las reuniones de una forma que nunca hubiéramos imaginado. Hoy en día en nuestro equipo aún conviven tres generaciones, y ahora nosotros somos los más veteranos. Y sin embargo, en la reunión aún nos sentimos como María sentados en presencia de Jesús. Es el lugar donde nos sentimos queridos, aceptados y sostenidos. Damos continuamente gracias a Dios por nuestras reuniones de equipo que nos han proporcionado siempre esperanza e inspiración.

Para terminar con esta reflexión, os invitamos a una sentada para repasar no sobre cómo son vuestras reuniones de equipo en general, si no, cómo es nuestra actitud, nuestro estar y ser en la reunión. Es importante primero darse cuenta, revisar las últimas reuniones y reconocer nuestras actitudes tanto positivas como negativas con sinceridad. Podemos revisar la calidad de nuestra escucha, nuestro lenguaje corporal, cómo decimos las cosas y cómo acogemos lo que nos dicen... Luego podemos pensar si hay algo que creemos que ayuda y merece la pena potenciar o si hay algo que creemos que merece la pena cambiar porque no está ayudando. El Padre Caffarel veía también en un equipo que es esta comunidad de gente que se quiere, un signo de Dios para los demás³; ser signo de amor es una enorme responsabilidad que hay que saber cuidar. Podemos acabar esta sentada con una oración en la que ponemos ante el Señor a cada uno de los miembros de nuestro equipo, dando gracias a Dios por cada uno de ellos, celebrando su vida a nuestro lado.

Alberto y Mercedes Pérez Gómez-Ferrer, responsables comunicación ERI

Faye y Kevin Noonan, coordinadores ERI zona Eurasia

³ L'Anneau d'Or; Mayo-Agosto, 1956